

Las jornadas de julio
León Trotsky
Julio de 1917

(Versión al castellano desde “Les journées de juillet”, en *L’année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 37-41; también para las notas. Las jornadas de julio comenzaron con una crisis gubernamental, con la dimisión de los ministros cadetes el día 16. Se reprimieron por la fuerza manifestaciones espontáneas antigubernamentales. Lvov dimitió el día 20 y Kerensky se convirtió en Primer Ministro.)

Por las calles de Petrogrado ha corrido la sangre. A la revolución rusa se le ha añadido un capítulo trágico. ¿Quién es el responsable? “Los bolcheviques”, responde el hombre de la calle repitiendo lo que le dicen sus diarios. Para la burguesía y los politicastos oportunistas, el conjunto de estos trágicos acontecimientos se resume en estas palabras: arrestad a los líderes y desarmad a las masas. Y el objetivo es establecer el “orden revolucionario”. Los social-revolucionarios y los mencheviques, arrestando y desarmando a los bolcheviques, están prestos para restablecer el “orden”. Solo hay un problema: ¿qué orden y para quién?

La revolución ha provocado inmensas esperanzas en las masas. Entre las de Petrogrado, que han jugado un papel dirigente en la revolución, esas esperanzas, esas expectativas, se mantenían con un fervor particular. Era la tarea del partido socialdemócrata transformar esas esperanzas y expectativas en programa político claramente definido, de forma que se pudiese dirigir la impaciencia revolucionaria de las masas hacia una acción política organizada. La revolución se enfrentaba al problema del *poder*. Nosotros¹, como los bolcheviques, éramos partidarios de la entrega de todo el poder al Comité Central de los Consejos de Delegados Obreros, Soldados y Campesinos. Las clases superiores, y tenemos que incluir en ellas a los social-revolucionarios y a los mencheviques, exhortaban a las masas para que apoyasen al gobierno de Miliukov-Guchov. Hasta el último momento, es decir hasta la dimisión de esos personajes, los más claramente proimperialistas del primer gobierno provisional, los dos partidos que acabamos de mencionar se mantuvieron firmemente solidarios con el gobierno en toda la línea. Solamente tras el reajuste gubernamental se enteraron las masas por sus propios diarios de que no se les había dicho toda la verdad, que se les había engañado. Entonces se les dijo que debían confiar en el nuevo gobierno “de coalición”. La socialdemocracia revolucionaria predijo que el nuevo gobierno no se diferenciaría fundamentalmente del antiguo, que no haría ninguna concesión a la revolución y que, una vez más, traicionaría las esperanzas de las masas. Y fue eso lo que ocurrió. Tras dos meses de debilidad, solicitudes de confianza y exhortaciones verbosas, el gobierno no fue capaz de disimular su posición que consistía en embrollar los problemas: se hizo evidente que las masas, otra vez más, habían sido engañadas y esta vez más cruelmente que nunca.

La impaciencia y la desconfianza de la mayoría de los obreros y soldados de Petrogrado crecía, y no de un día a otro, sino de hora en hora. Alimentados por la guerra que se prolongaba sin esperanzas para todos aquellos que participaban en ella, por la desorganización económica, por la preparación oculta de la parálisis de los principales sectores de la producción, esos sentimientos encontraron su expresión política inmediata en la consigna: “¡Todo el poder a los sóviets!”. La dimisión de los cadetes y la demostración definitiva de la quiebra interna del Gobierno Provisional, aún

¹ Trotsky en aquellos momentos era miembro de la Organización Interdistritos (Mezhrayontsi) que se fusionó con los bolcheviques en julio de 1917.

convencieron más profundamente a las masas de que tenían razón en oponerse a los dirigentes oficiales de los sóviets. Las dudas de los social-revolucionarios y de los mencheviques echaron gasolina al fuego. Las exigencias, las casi persecuciones, contra la guarnición de Petrogrado, a la que se le pedía que comenzase una ofensiva, causaron el mismo efecto. Se hacía inevitable una explosión.

Todos los partidos, incluyendo a los bolcheviques, hicieron todo lo posible para impedir que las masas se manifestasen el 16 de julio; pero las masas se han manifestado, y lo que es más importante, en armas. Todos los agitadores, todos los representantes de distrito, dijeron en la noche del día 16 que la manifestación del 17, en tanto que la cuestión del poder se mantenía en suspenso, tendría lugar sin remedio y que ninguna medida podría retener al pueblo. Esta fue la única razón por la que el Partido Bolchevique y, con él, nuestra organización, decidieron no quedarse al margen lavándose las manos, sino hacer todo lo que estaba en sus manos para transformar el 17 de julio en una manifestación de masas pacífica. El llamamiento del 17 de julio no tenía otro significado. Estando dada por segura la intervención de bandas contrarrevolucionarias, por supuesto que era evidente que se producirían enfrentamientos sangrientos. Ciertamente que hubiera sido posible privar a las masas de toda dirección política, decapitarlas políticamente, por decirlo así, y, rehusando dirigir las, abandonarlas a su suerte. Pero, en tanto que partido obrero, ni podíamos ni queríamos adoptar esta táctica de Poncio Pilatos: decidimos unírnos a las masas y hacer un solo cuerpo con ellas, para introducir en su agitación elemental el mayor grado de organización posible, estando dadas las circunstancias, y reducir, así, al mínimo el número probable de víctimas. Los hechos son muy conocidos. La sangre ha corrido. Y ahora la prensa “influyente” de la burguesía y otros diarios a su servicio tratan de hacer recaer la entera responsabilidad de las consecuencias sobre nosotros (de la pobreza, del agotamiento, de la desafección y de la rebelión de las masas). Para alcanzar ese objetivo, para completar ese trabajo de movilización contrarrevolucionaria contra el partido del proletariado, canallas anónimos, semianónimos, o bien muy conocidos, extienden acusaciones de corrupción: la sangre ha corrido por culpa de los bolcheviques, y los bolcheviques actúan bajo las órdenes de Guillermo II.

Hoy pasamos por días de prueba. La firmeza de las masas, la sangre fría, la fidelidad de sus “amigos”, todo ello está sometido a un test. Nosotros también estamos sometidos a ese test, y saldremos de él más fuertes y unidos que de todas las pruebas precedentes. La vida está con nosotros y lucha por nosotros. El nuevo reajuste gubernamental, impuesto por una situación ineluctable y por la miserable timidez de los partidos en el poder, ni cambiará nada ni resolverá nada. Es preciso un cambio radical de todo el sistema. Se necesita un poder revolucionario.

La política de Tsereteli-Kerensky se dirige directamente a desarmar y debilitar al ala izquierda de la revolución. Si logran restablecer el “orden” con esos métodos, serán los primeros (después de nosotros, por supuesto) en caer víctimas de ese “orden”. Pero no lo lograrán. La contradicción es demasiado profunda, los problemas son demasiado enormes para poder ser resueltos con simples medidas policiales.

Tras los días de prueba vendrán los días de progreso y victoria.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es